

La zorra incauta y el erizo esquivo

Gertrude Himmelfarb

Isaiah Berlin, *Arbol que crece torcido. Capítulos de historia de las ideas*, editado por Henry Hardy, traducción de Jaime Moreno Villarreal, México, Vuelta, 1992, 337 pp.

En una entrevista reciente, Sir Isaiah Berlin señaló: “Nunca he escrito mucho. Aprendí a dictarles a las secretarías de la Embajada Británica en Washington”, en donde él trabajó durante la Segunda Guerra Mundial. Como haya sido, el hecho es que Berlin produjo una obra sustanciosa.

The Crooked Timber of Humanity, como tergiversadamente observa su editor, Henry Hardy, es “el quinto de cuatro volúmenes” de *Escritos escogidos*, cuyos cuatro primeros títulos se publicaron desde hace una década o más. Otros volúmenes de ensayos aparecieron bajo distintos títulos: *Four Essays on Liberty* y *Vico and Herder*. Y la biografía de Karl Marx que escribió Berlin, su único libro propiamente dicho, escrito al principio de su carrera, ha visto varias reimpressiones. Si amigos y colegas deploran en ocasiones que Berlin no

haya producido una obra más abundante de tipo académico, esto es por su gran erudición y facilidad de palabra. Berlin habla tan rápido y es tan sugerente en su exposición que escuchar una de sus conferencias es una experiencia tan cansante como enriquecedora. Aun en la página escrita su prosa es asfixiante; casi no hay una página suya que no tenga un hilo de referencias, antiguas y modernas, literarias y filosóficas.

El título de este libro proviene de Emmanuel Kant: “Del torcido tronco de la humanidad nunca salió algo derecho”. Berlin toma esta frase como advertencia contra el dogmatismo, contra el utopismo, contra cualquier sistema de pensamiento racional que surja en “la búsqueda del ideal” —título del capítulo uno— y tal vez sea una advertencia contra la misma filosofía. Kant, por cierto, construyó la filosofía moral más ambiciosa a partir de dicho aforismo. Este, para Berlin, parece sugerir los límites del afán filosófico.

El ideal platónico es el ideal ante el cual Berlin tiene mayores aprehensiones; este ideal, dice, lo reafirmó la Ilustración y sigue siendo una tradición dominante del pen-

samiento político occidental. Este ideal se apoya en tres premisas: que todas las preguntas genuinas sólo tienen respuestas verdaderas, que esas respuestas son cognoscibles y que las respuestas, todas ellas compatibles entre sí, forman en conjunto un solo todo coherente. Berlin cree que estas premisas son falsas porque no toman en cuenta al “torcido tronco de la humanidad” y cree además que son peligrosas porque contribuyen a una suerte de dogmatismo filosófico que sólo puede desembocar en la tiranía política.

Berlin encontró en Giambattista Vico un correctivo a esta visión; Vico, cuya *Scienza nuova* —escrita en 1725— expuso su “nueva creencia sobre la naturaleza común de las naciones” e influyó a la posterior generación de románticos alemanes, incluido Johann Gottfried von Herder. Berlin atribuye a Vico y a Herder las ideas de “pluralismo cultural”, “diversidad cultural” y “valores encontrados”, que para él son como alternativas a las ideas utópicas de las “verdades eternas” y los “valores absolutos”. Para Vico y Herder, la diversidad era una función de la cultura nacional: las naciones y los pueblos en distintos

tiempos eran los que diferían de manera tan dramática. De hecho, en la relación de Berlin no queda claro si sancionaban el mismo grado de diversidad entre los individuos en el interior de una cultura. Cuando él mismo habla de pluralismo cultural y de diversidad cultural, extiende implícitamente el concepto a los individuos, legitimando de este modo la diversidad de los valores individuales y culturales.

El tema pluralismo *versus* utopismo se repite de un ensayo a otro, en ocasiones con las mismas imágenes y palabras. La cita de Kant aparece en dos ensayos, y la metáfora del “crucigrama” en tres: el ideal utópico es un crucigrama en el cual se espera que todas las piezas embonen perfectamente para crear un todo perfecto. Otra metáfora recurrente —la “caja sin ventanas”— señala otro aspecto importante en el argumento de Berlin: la distinción entre el pluralismo cultural y el relativismo cultural.

El relativista, explica Berlin, ve cada cultura como una caja sin aberturas, cerrada y contenida por completo, que no permite ver a otra cultura. El pluralista no está tan encerrado o no es tan ciego. Vico y Herder, insiste Berlin, no fueron los relativistas culturales y morales en los que los convirtió el distinguido académico Arnaldo Momigliano; si atribuyeron diferentes valores a diferentes culturas, también creían por completo que la gente “absolutamente racional” podía imaginar, comprender y aun simpatizar con los valores de otras culturas. Con el mismo principio —de nuevo este argumento aparece con más frecuencia implícita que explícitamente—, Berlin se cura en salud del cargo de relativismo en lo que concierne a los individuos, porque los individuos, como las culturas, tienen “al-

gunos valores en común”, cierta idea de humanidad en común, que les permite imaginar, comprender y simpatizar entre sí.

Cada vez que Berlin afirma su fe —su fe absoluta, se diría— en el pluralismo, rechaza la imputación de relativista. Sin embargo, su defensa del pluralismo es más persuasiva que su rechazo del relativismo. Si la imaginación, la comprensión y la simpatía fueran suficientes para mermar el cargo de relativismo, sería difícil encontrar un relativista vivo. De hecho, a los relativistas rara vez se les reprocha la falta de estas cualidades; por lo general se cree que las tienen de sobra: para imaginar, entender y simpatizar tan bien que puedan condonar y permitir todo. (*Tout comprendre c'est tout pardonner*, en la frase de Mme. de Staël). Si Berlin trata honestamente de distanciarse del relativismo es porque existen muchas otras cosas en la historia de su propia época que él entiende muy bien —y no las perdona.

Para Berlin lo más importante de la historia reciente es el fascismo. Este es el tema del ensayo más extenso y reflexivo en el libro; trata sobre el filósofo de finales del siglo XVIII y principios del XIX, Joseph de Maistre, vigoroso defensor del movimiento contra la Ilustración. También se trata de uno de los ensayos más viejos, escrito en 1960 y dejado de lado para su revisión. Ahora aparece —después de publicarlo hace poco en *The New York Review of Books*— apenas retocado ligeramente, pero se trata de un ensayo revisionista en el sentido más profundo.

La opinión corriente es que Maistre era un reaccionario que anhelaba el espíritu teocrático-autocrático de la parte más oscurantista de la Edad Media —anacronismo y anomalía en su propia época—, intere-

sante como curiosidad pero de poca importancia. Según otra opinión se trata de un conservador en la tradición de Edmund Burke o de un autoritario en la tradición católica romana ultramontana. Para Berlin, Maistre es más original y memorable de lo que sugieren cualquiera de estas interpretaciones. Tal vez pudo hablar en el lenguaje del pasado pero lo que tenía que decir “presagió el futuro”.

Maistre no fue ni conservador ni autoritario sino totalitario, no fue un reaccionario sino un “ultramoderno que nació no después sino antes de su época”. Fue, de hecho, un profascista: “la doctrina de las fuerzas ocultas, la glorificación de las cadenas como las únicas capaces de enderezar los instintos autodestructivos del hombre, y su uso para la salvación, el llamado a la fe ciega en contra de la razón, la creencia en que sólo lo que es misterioso puede sobrevivir, que explicar es siempre confundir, la doctrina de la sangre y la autoinmolación, del alma nacional y de los ríos que van a dar al mar anchuroso, del absurdo del individualismo liberal, y sobre todo de la influencia subversiva de los intelectuales críticos sin control —es seguro que ya hemos oído esto. En la práctica, cuando no en la teoría —ofrecida a veces en forma transparente y falsamente científica—, la visión profundamente pesimista de Maistre es el corazón del totalitarismo, tanto de izquierda como de derecha, de nuestro siglo terrible”.

Sin embargo, uno se pregunta si el totalitarismo de Maistre es en efecto el núcleo del totalitarismo moderno. Pues Maistre, como dice Berlin, respetaba la “religión revelada”, la “sabiduría cristiana”, hasta el “derecho divino de los reyes”, lo cual lo distingue claramente de los totalitarismos del último día. Maistre despreciaba profundamen-

te—otra vez, según Berlin— el militarismo y las guerras de conquista, pues éstas minan la autoridad legítima y los valores cristianos. Si Maistre presagió el fascismo, fue con una diferencia. El saber qué tan significativa era esa diferencia y si hubiera sido suficiente para enderezar los impulsos más “crudos” del fascismo, es una buena pregunta—y Berlin la pudo haber resuelto de haber acabado o ampliado su ensayo.

Ojalá que ésta no sea la última entrega de *Escritos escogidos* de Berlin. Si en este volumen hay muchas repeticiones, como entre los diversos volúmenes—el ensayo sobre nacionalismo que aparece aquí es sustancialmente el mismo que aparece en *Contra la corriente*—, también hay omisiones notables, temas sobre los cuales sería fabuloso conocer la opinión de Ber-

lin. Por ejemplo, en ninguno de estos volúmenes hay una sola referencia a Michael Oakeshott, filósofo político británico cuya crítica al racionalismo recuerda la crítica al utopismo de Berlin. Comprenderíamos mejor a Berlin y a Oakeshott si supiéramos en dónde están de acuerdo y en dónde no, y por qué el antiutopismo en común desembocó en conservadurismo en un caso y en otro en liberalismo. Sería también interesante oír a Berlin opinar sobre religión, un tema mencionado de paso en estos volúmenes y sin duda de gran interés para un historiador de las ideas. Si Berlin nos ha regateado la obra importante que nos habría gustado leer, tal vez él, junto con su editor, nos obligue con un sexto volumen en esta serie de cuatro.

Mientras tanto, aquí tenemos estos otros volúmenes, los cuales

contienen algunos de los ensayos más notables de nuestra época: el ensayo sobre Tolstoy en *Pensadores rusos*, con su título inolvidable, “El erizo y la zorra”; y la narración memorable, en *Impresiones personales*, de sus encuentros en 1945 y 1956 con Boris Pasternak, Anna Ajmatova y otros escritores rusos que luego desempeñaron un papel muy relevante en la cultura disidente. Los recuerdos en este último libro, los que dan testimonio de una vida activa, rica y variada, acaso lleguen lo suficientemente lejos para explicar por qué Berlin no escribió el gran libro que se esperaba de él, y en cambio produjo una obra que se apreciará durante mucho tiempo.

Tomado de *The New York Times Book Review*. Traducción de Antonio Saborit

Retrato de familia

Julia Tuñón

Seminario de Historia de las Mentalidades, *Familia y poder en Nueva España. Memoria del Tercer Simposio de Historia de las Mentalidades*, México, INAH, 1991.

Con motivo de la lectura de este libro le pregunté a mi sobrino de diez años qué cosa era una familia. Su respuesta fluyó automáticamente, como las cosas de las que se parte sin necesidad de pensarlas: “es un grupo de personas: el papá, la mamá y los hermanos”. Le pre-

gunté entonces para qué se juntaban y dijo que “porque el papá y la mamá se quieren mucho y quieren estar juntos y felices toda la vida y tener hijos”. No cabe duda que la infancia es un país envidiable. Mi sobrino respondió con la imagen ideal, la que opera en nuestro tiempo, la que transmiten los medios de comunicación de masas, también la del deseo (y el deseo es otra suerte de realidad) de niños y adultos. Pregunté a otras personas: un alumno universitario me respondió que era la unidad básica de la sociedad y se reunía para permitir

la reproducción humana, otorgando prole, casas limpias, descanso y afecto. Otro estudiante fue más radical, contestó que era una instancia opresora, base de la gran mayoría de los problemas que hacen sufrir al hombre y que las parejas formaban familias por su incapacidad de vivir individualmente y en libertad. Este chico toma un cabo de la polémica surgida en gran medida del psicoanálisis y florecida a la sombra de la antipsiquiatría, la idea de que la familia propicia la enfermedad. Otra línea psicológica dice lo contrario: la familia es un